

UNAM: posibilidad de futuro

Elena Poniatowska

Para muchos mexicanos, estudiar en la UNAM es un “aliciente impagable”, afirmó Elena Poniatowska al presentar en la pasada Feria Internacional del Libro de Guadalajara La Universidad rediviva. Diálogos con Juan Ramón de la Fuente, de Ignacio Solares, donde el ex rector hace un recuento de la reconstrucción del tejido social al interior de la institución que le tocó encabezar y reflexiona sobre la circunstancia actual de nuestra máxima Casa de Estudios.

Al terminar la licenciatura, la joven estudiante Sonia Peña se presentó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a ver qué carreras de posgrado se ofrecían. Se inclinó por letras mexicanas del siglo XX. Los requisitos: promedio mínimo de 8.5, examen de ingreso, acta de nacimiento, fotografías, certificado de estudios y una larga lista de más requisitos.

—La fecha de examen aparecerá la próxima semana en los avisos que se colocan fuera de la Secretaría Académica —le confirmó la secretaria.

Sonia lo hizo en mayo para ingresar en agosto. A los tres días, en el mismo pizarrón afuera de la Secretaría Académica, aparecerían los nombres de quienes habían sido aprobados. A cada paso, Sonia, muy nerviosa, se preguntaba: “¿Estaré? ¿No estaré? Si no estoy, ¿qué va a ser de mí?”. El nombre “Sonia Peña” figuró en la lista junto a diez estudiantes más. “¡Estoy salvada!”.

Una vez aprobado el examen tuvo que presentar un proyecto de tesis. Luego siguió una entrevista con un profesor de la carrera. Sorteados estos requisitos y aceptada en la maestría hizo los trámites para la beca de la UNAM, un cheque mensual que en esa época era de cinco mil pesos. De nuevo presentó la carta de aceptación a la maestría, acta de nacimiento, proyecto, identificación y otros requisitos.

A los seis meses, cuando ya cursaba las materias de literatura mexicana, recibió el aviso de que había ganado la beca. Vivía en una pensión para estudiantes en la colonia Santa Úrsula Coapa y todos los días tomaba un camión hasta el metro CU. Gracias a la beca se mudó a un pequeño departamento en la misma colonia. Lo que más le gustaba de sus clases eran las discusiones en las mesas redondas porque todos se sentaban en círculo en torno al maestro que les pedía su opinión. Sergio Ló-



Ciudad Universitaria

pez Mena resultó un maestro extraordinario y un gran conocedor de la obra de Juan Rulfo. Arturo Souto sabía mucho del exilio español, llegaba a clase con muchos libros bajo el brazo y los aconsejaba como un padre.

El ambiente en la UNAM era de enorme libertad y hasta permitía jugar al ajedrez y comer debajo de los árboles sentados en el pasto, alimentar a las ardillas más confianzudas, tomar clases de tai chi y besar al novio casi tanto como lo pide Almudena Grandes en *Las edades de Lulú*.

A su paso por el corredor de la Facultad de Filosofía y Letras, Sonia Peña conseguía cualquier cosa: libros, discos, tamales, café, tortas, blusas, bufandas, atole, novios, chocolate. Se detenía ante la oferta de actividades en el pasillo: teatro, yoga, zumba, alemán, tango, seminarios de marxismo aburridísimos, de lectura veloz que nunca dan resultado, clases de buceo en la alberca. Le faltaba tiempo para anotarse ya que tenía que estudiar, porque, para conservar la beca, era imposible bajar el promedio.

Sonia hizo la maestría en dos años con una tesis sobre Juan Rulfo y al terminar pidió ingresar al doctorado que cursó durante otros tres años; en esos cinco años vio poco a su familia, murió su padre, extrañó mucho a su madre, a sus ocho hermanos, a sus cuates, a su infancia en el campo, a su vida tan distinta a la de la ciudad. La Universidad suplió en cierta forma estas grandes carencias afectivas al sostenerle la beca durante todo ese tiempo.

El 15 de marzo de 1999 el Consejo Universitario aprobó la modificación al Reglamento General de Pagos presentada por el rector Francisco Barnés de Castro; incluía el carácter obligatorio de las cuotas simbólicas que los estudiantes aportaban a la Universidad por inscripción, cuota semestral y servicios. Estudiantes, pro-

fesores e investigadores repudiaron la medida a gritos y con manifestaciones, la indignación llegó al rojo vivo: atentaba contra uno de los mejores rasgos de nobleza de la enseñanza, la característica más grande de la UNAM: su gratuidad. Se convocó a una huelga que arrancó el 20 de abril de 1999, se mantuvo durante nueve meses, escandalizó a la ciudadanía y le dio pésima fama a nuestra Universidad. Aún en 2002, a tres años de la huelga, los amigos le aconsejaban a Sonia: “Inscríbete en cualquier universidad menos en la UNAM”. Pero ella insistió: “Es la más grande, la más incluyente. Además, me encanta su Biblioteca Central”. Persistió y la realidad que vivió a partir de ese momento le dio la razón.

La huelga no sólo afectó a toda la comunidad universitaria sino al país entero. Un año más tarde, el doctor Juan Ramón de la Fuente inició su rectorado en medio de la crisis más grave que ha enfrentado la UNAM en toda su historia.

Sonia Peña empezó a ver al doctor De la Fuente caminar por el campus hacia Rectoría enfundado en su chamarra, entre los muchachos. Era muy fácil encontrarlo a la vuelta de la esquina, al alcance de sus peticiones o sus reclamos. “¡Mira, es el rector! ¡Allí viene el rector!”. No se perdía un solo partido de los Pumas, al que llegaba puntual con su playera azul y oro. De pronto, sin decir “agua va”, se presentaba en el laboratorio, se inclinaba sobre una mesa de trabajo, iba a los laboratorios, visitaba cada salón, acudía a cada Instituto, mejoró el transporte, incorporó la *bicipuma* para ir de una Facultad a otra, logró que las becas se ajustaran al costo de vida y, sin fanfarronearlo y para sorpresa de todos, surgió en los tableros del muro de cada Facultad el intercambio con otros países: “¿Quieres ir a Canadá? ¿A Francia? ¿A Inglaterra? ¿A Estados Unidos? ¿A España?”. Los estudiantes se enteraban de que la UNAM abría otros

campus en provincia, como en Mérida, Yucatán, y una alumna de biología le decía a una de astronomía: “¿Oye, ya te diste cuenta qué cuero es el rector?”. “Sí, pero a mí me parece más cuero el doctor Manuel Peimbert”.

Durante los cinco años en que Sonia estudió en la UNAM vio cómo esa institución a la que calificaban de “semillero de porros” creció hasta convertirse en una de las grandes universidades, si no la mejor de Latinoamérica. Claro, el peligro, como lo consigna Ignacio Solares, fue enorme.

En gran medida y gracias a la entrega y al carisma del doctor Juan Ramón de la Fuente, quienes antes la menospreciaban ahora se deshacían en elogios. Para Sonia, como para muchos jóvenes que vienen de fuera y tienen que abrirse camino en una ciudad tan hostil y tan cruel como la nuestra, recibir el apoyo de una beca por parte de la UNAM, la más prestigiosa de las universidades mexicanas, es un aliciente impagable que los compromete a mejorar cada día.

El doctor Juan Ramón de la Fuente supo que tenía en sus manos el destino de miles de muchachos y por eso su gestión no tuvo descanso: mejorar la circulación vehicular en el campus, colocar semáforos, aumentar la vigilancia, cuidar los espacios verdes, regular la venta de comida, incorporar nuevas formas de movilidad, incentivar la investigación en los estudiantes de doctorado, crear planes de apoyo a estudiantes en el extranjero, promover el intercambio estudiantil y académico, fomentar el esparcimiento y el deporte fueron sólo algunas tareas entre tantas otras que se propuso como rector. Echar a andar un Goliat adormecido durante nueve meses fue la tarea de Juan Ramón de la Fuente y ganó la batalla con creces. Ahora, como Sonia, miles de profesionistas que fueron estudiantes en su rectorado lo recuerdan como una piedra fundamental en la historia de la UNAM.

Nadie mejor que el escritor e historiador Ignacio Solares, director de la *Revista de la Universidad de México*, para compartirnos los logros que ya se apuntan en *La universidad rediviva. Diálogos con Juan Ramón de la Fuente*. Ignacio Solares tiene horas de vuelo en lo que se refiere a comunicación humana y a comunicación electrónica, porque todos lo hemos visto en sus programas de TVUNAM. Sabe hacer las preguntas, el comentario preciso, exponer el proyecto de Juan Ramón de la Fuente para levantar a la universidad más grande de México, ya que durante la huelga de 1999 cerca de cinco mil estudiantes se quedaron sin su título universitario. La pérdida es de 206 millones 925 mil horas de alumno-clase. El ex rector recuerda que el conflicto, en sus inicios, tenía legitimidad porque la comunidad universitaria defendía su derecho a una educación gratuita; sin embargo, esta causa se perdió entre los intereses políticos de un grupo reducido y el propósito se distorsionó.

El diálogo entre Juan Ramón de la Fuente e Ignacio Solares no es una alabanza al rectorado de ocho años que se inició en un momento muy peliagudo, sino la visión de un académico preocupado por el futuro de los jóvenes en nuestro país y consciente de que la educación es la base para que México sea el gran país que tanto deseamos para nuestros hijos y nuestros nietos.

A lo largo de este diálogo destacan las acertadas preguntas de Ignacio Solares a las que Juan Ramón de la Fuente responde con la lucidez que lo caracteriza; el libro se convierte así en un documento imprescindible, no sólo para conocer la política educativa del ex rector, sino para discutir el lugar que ocupa hoy en día la educación pública que pasa por uno de los peores momentos de su historia:

En una entrevista en Radio Universidad, José Ramón Enríquez le dijo a Ricardo Pacheco, el Diablo, uno de los huelguistas:

—El CGH le está haciendo el juego a la derecha.

La respuesta del Diablo resultó reveladora:

—¿Qué puede ya significar para nosotros hablar hoy de movimientos de derecha o de movimientos de izquierda?

A 16 años de la huelga que devastó a nuestra Universidad, este libro nos ayuda a conocer el proceso que la convirtió en una de las mejores de Latinoamérica. Hoy es un orgullo para los mexicanos contar con una institución pública de las dimensiones y alcances de la UNAM (el corazón de México) porque, como bien dice el doctor De la Fuente: “La UNAM debe seguir siendo una universidad popular, de masas; el debate sigue siendo cómo lograr que una universidad de masas —que no va a renunciar a ello porque tiene un profundo arraigo popular— pueda mejorar su calidad. Creo que ese sigue siendo el meollo del asunto”.

También habría que recordar la mañana del 25 de enero de 2000, cuando Juan Ramón de la Fuente le exigió al CGH separarse de agrupaciones como el de los Colonos de Santo Domingo, el Frente Popular Francisco Villa, el Bloque de Organizaciones Sociales, la Central Universitaria de Trabajadores, el Bloque de Fuerzas Proletarias y otros agrupamientos que se aprovechan de los movimientos sociales y se infiltran en los sucesos y los desvirtúan para lograr sus propios intereses, aplastar y dar al traste con las aspiraciones de estudiantes para quienes la UNAM es su única posibilidad de futuro.

A sus palabras sólo queda agregar que está en nuestras manos luchar porque la UNAM siga cobijando en su seno a hijos de obreros y campesinos que, como Sonia, quizá sean los únicos de varias generaciones que llegaron a sus aulas con la ilusión de un futuro académico y participativo. **U**